

EL TURISMO Y LOS VALORES HUMANOS

Por
Julián Juárez Ugena

Parece ocioso resaltar aquí una vez más la importancia que el Turismo supone en la vida actual de la Sociedad. Son ya muchos los tratados, ensayos y trabajos de toda índole referentes al Turismo donde se recogen la importancia y repercusión que éste representa en la vida económica, social y cultural de todos los pueblos.

Por tanto, eludimos toda reiteración encaminada al aserto final de que el Turismo es uno de los aspectos más característicos y trascendentes del momento del mundo actual, ya que es ésta una consideración admitida universalmente sin reservas de clase alguna.

Ahora bien, el Turismo en estos últimos tiempos se viene presentando principalmente como un hecho económico, hasta el punto de que, sin desdeñar los demás factores a tener en cuenta —culturales, morales y políticos— es lo cierto que la fisonomía del mismo es el tema y fundamento, en gran parte, de una actuación estatal. Por ello, las miras de los gobiernos se dirigen al logro de un aumento de esta exportación invisible, como medio natural e inmediato de lograr, en muchos casos, el equilibrio de la Balanza de Pagos o, al menos, que la partida de ingresos por Turismo suponga una buena baza positiva en las oscilaciones de aquéllas.

Quiere esto decir que los estudios y proyectos turísticos se suelen enfocar especialmente desde un punto de vista económico, para preparar los equipos receptivos hoteleros y transportistas, así como adecuar zonas determinadas para la atracción del turismo de masas o, en otros casos, de un turismo de alta selección de potencial económico.

Por otra parte, hemos de admitir que el movimiento turístico ha cobrado en estos últimos tiempos un perfil, que podríamos calificar de puramente sensual. Se busca esencialmente el sol, la playa, la montaña y la nieve, y el lugar recóndito y apacible, no sólo como aspiración de gozo pleno de la Naturaleza y paisaje, sino como un placer inmediato de la alegría de vivir. Y no es que esta apetencia sea censurable.

Antes, al contrario, esta exaltación vital que presenta el turismo en nuestros días viene a ser como un canto de libertad ante viejos y desechados prejuicios y un noble acercamiento hacia el disfrute de la Naturaleza.

Es curioso recordar que el Turismo tuvo su auténtica iniciación allá a mediados del siglo XIX, cuando comenzó a manifestarse como el deseo de viajar por puro placer con un sentido cultural o artístico. Este sentido prevaleció hasta después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Los sufrimientos padecidos por la Humanidad en esta contienda impulsaron a los hombres de todas las latitudes a huir de aquellos lugares en que vivió horas de intenso dolor.

Es cierto también que a este pacífico desbordamiento de la Humanidad por el mapa del mundo ha contribuido de manera rotunda y eficaz la facilidad que hoy supone todo desplazamiento y la relativa baratura del mismo.

Al mismo tiempo, por consecuencia de aquella devastadora contienda han desaparecido muchas barreras que dividían a la Humanidad, y hoy se inicia un natural y si no absoluto, sí por lo menos extenso, equilibrio social.

Esto ha motivado que el viaje se haya extendido a la casi totalidad de las clases sociales, tornando apetencia universal el afán y la alegría de viajar.

Decíamos antes que a este desarrollo del Turismo han contribuido de manera rotunda el estímulo que supone para el viaje la facilidad del mismo y la relativa baratura del transporte. Sobre todo, la democratización del automóvil de tipo privado, ha permitido el desplazamiento individual o familiar de numerosas gentes que no hace muchos años raras veces abandonaba las lindes de su domicilio habitual, con la excepción de los viajes de la época de sus vacaciones veraniegas los que, en la mayoría de los casos, se limitaban a las playas de su propio país o a alguna zona rural no muy lejana de su residencia permanente.

También ha contribuido al desenvolvimiento de ese afán viajero la creciente actividad de las Agencias de Viajes, con sus organizaciones de cruceros, tours, etc.

Reiteramos, pues, la evidencia de que hoy día el turismo, el viaje, tanto con carácter placentero, como por necesidades de la propia vida actual, ha ensanchado su base de fenómeno minoritario hasta convertirse en una manifestación de carácter masivo.

Naturalmente que al producirse ese ensanchamiento, al convertirse el turismo en una inquietud de masas, el concepto anterior de aquél, que era de carácter esencialmente cultural, ha perdido en gran parte su fisonomía, y aunque aún existe esa inquietud que podríamos decir espiritual en una minoría más amplia de lo que generalmente se supone, la realidad es que hoy el hombre, en un porcentaje elevado, se mueve de uno a otro país, o dentro del suyo propio, por apetencias primordialmente de descanso o de disfrute de la Naturaleza.

Por su parte, los Estados de preponderante recepción turística han encauzado esa gran corriente, esa nueva inquietud del viaje, en la mayoría de los casos, con una visión en gran parte comercial, tratando de obtener los mayores beneficios de tipo económico, adecuando para ello centros y zonas y explotando los recursos de la Naturaleza, cuando ésta fue pródiga en sus dádivas de paisaje, clima y luz. Por supuesto, eso no implica una total despreocupación en cuanto a la conservación de monumentos, modernización de museos, organización de festivales de música y teatro clásicos, etc., como contribución a los gustos de minorías selectas. Pero consideramos que estas actuaciones de tipo cultural y artístico deben ser llevados a una mayor escala, siendo su finalidad alcanzar el mismo nivel o rango que el que se trata de dar, con un afán de beneficio económico, a los centros y zonas de interés turístico. Es decir, que las facilidades para la visita de monumentos, archivos, bibliotecas y museos deben alcanzar el máximo por todos conceptos, y no sólo por cuanto signifique reducción de precios de entrada y amplitud de horario de visitas, y otras facilidades de tipo menor. Sería de desear que, aparte de cuanto se realice en el terreno oficial en este aspecto, surgiese la activa cooperación de entidades de tipo comercial o privado. En este sentido convendría que las Agencias de Viajes—respetando en ellos siempre su carácter comercial, y por tanto su total independencia de actuación— participaran en esa obra de elevar el turismo a un grado cultural superior del que corrientemente impera hoy en el movimiento de las grandes masas turísticas. De todas formas, hay que reconocer que las Agencias de Viajes, en gran número de casos, incluyen en los programas de sus excursiones principales, la visita a museos, palacios, castillos, monasterios, catedrales, etc.

No hay que olvidar la altruista labor que en este sentido llevan a cabo ciertas entidades, como son, en España, los Centros de Iniciativas y Turismo, sociedades de carácter deportivo y excursionistas, asocia-

ciones de índole religiosa, etc., que organizan hacia el interior del país o hacia el extranjero, viajes y excursiones que, en la mayoría de las veces, son de índole cultural, artística o religiosa.

Todo esto quiere decir que nunca se ha desdeñado ese carácter entrañable de comprensión e identificación que da el viaje, entre el visitante y el país visitado, como punto de arranque para adentrarse en la historia, la cultura y el arte del lugar en el que el turismo vive unas horas de pasada. Pero hay que ahondar para que ese gran germen de amistad recíproca que se establece pasajeraamente entre el turista y el indígena tenga una mayor fuerza y continuidad. Para llegar a ésto, hay que partir de principios que no han de limitarse a los que puedan realizar las entidades comerciales de tipo turístico y el Estado en su función tutelar y de promoción del viaje y del turismo. Previamente hay que preparar el ambiente para que el individuo, y por ende las masas, vea en el turismo no sólo una significación de ocio placentero sino también una realidad de tipo humano y cultural. De ahí la conveniencia de iniciar una labor educativa que arranque desde momentos muy anteriores a los de la pura y actual propaganda turística. Tiene que ser en escuelas y en colegios donde se enseñe a los niños a ver y a gozar del arte como de un espectáculo. Y como consecuencia de esto abrir los ojos al mundo infantil hacia unos horizontes que hoy día, en la mayoría de los casos, le son desconocidos, a llevar también a sus sencillas imaginaciones el amor que debe existir entre todos los pueblos, sin falsos patriotismos, desterrando esos acentos patrioterros que aún imperan hoy en muchas enseñanzas. La Patria debe ser lo más sagrado en el corazón de todos los hombres, pero sin limitaciones para amar a los extraños. Consecuentemente, estos sentimientos han de comenzar por inculcarse en las escuelas y colegios primarios.

Por supuesto, todo ello no quiere decir que el turismo venga a ser como un compendio de humanismo. Pero sí es evidente que tanto viajando, fuera o dentro de nuestra Patria, como acostumbrándonos a ver y a convivir con gentes foráneas llegamos de manera directa a comprender y fraternizar con los demás hombres, cualesquiera que sean sus razas, sus ideales, sus costumbres, su política y su religión.

Así pues, si de verdad se quiere lograr de manera positiva que el turismo sirva para la aproximación y comprensión entre los hombres, ha de procurarse que estos sentimientos se vayan despertando en las mentes infantiles.

España, por su parte, comprendiendo así esta tarea, publicó hace algún tiempo una «Cartilla de Turismo», cuyo texto fue elegido en un concurso nacional, y que se distribuyó gratuitamente en las Escuelas primarias, especialmente entre los alumnos comprendidos entre los siete y trece años. Con ello se trataba de que el niño se vaya acostumbrando a conocer cuanto de bello hay en su Patria, las ventajas económicas que pueden desprenderse del turismo, la organización de éste y lo que representa, y el trato respetuoso que merece el viajero que nos visita.

Hay también otra faceta de sumo interés que señalar de esa inicial preparación del turismo, y es la que se refiere a la mejora y embellecimiento de los pueblos. Este empeño se estimula en España mediante concursos organizados por entidades provinciales o regionales, que culminan en un Concurso Nacional que convoca anualmente el Ministerio de Información y Turismo español.

Estos concursos tienen una doble finalidad.

1.º Crear una conciencia en el vecindario y Ayuntamiento de cada municipio para que los pueblos españoles otrezcan el mejor aspecto en orden a limpieza y ordenación dentro de las exigencias de la vida moderna y sin olvidar lo tradicional y auténtico.

2.º Despertar en los vecindarios y Ayuntamientos españoles el noble deseo de ofrecer su población al turista, nacional o extranjero, con todos los perfiles de una belleza digna, que, al ser admirada por los visitantes, sirva de legítimo orgullo a quienes pusieron sus desvelos y amores al servicio del lugar urbano en que se desenvuelven sus vidas.

3.º Llevar al conocimiento de los habitantes de todos los pueblos, por modestos que estos sean, la hermosa verdad de que cuidando el solar de sus antepasados, conservando sus huellas, monumentos y recuerdos, sirven a la Patria de la manera más sincera y noble.

La Sociedad actual vive momentos de angustia porque ha perdido muchas cosas de orden espiritual que la sumen en la inquietud y la desesperanza. Por eso, quizá, viaja como nunca. Busca horizontes en donde olvidarse de todo. En realidad trata de encontrarse a sí mismo.

Está, pues, en manos del Turismo, uno de los resortes que pueden alcanzar los anhelos insatisfechos de nuestros días hacia la finalidad precisa de una serenidad interior abierta a los más altos empeños de la comprensión humana.

Al Turismo se le puede, se le debe dar un sentido espiritual más hondo para así hacer de él un lazo y una encrucijada de identificación entre todos los pueblos y todas las razas.

Estimemos, pues, que, junto a la innegable importancia económica del Turismo debe considerarse el valor estético y humanístico que ofrece. A este fin, tanto los países receptores de turismo como los que son potencialmente exportadores de él, están obligados a formar las respectivas conciencias de sus súbditos para que del intercambio y convivencia que que aquél significa, nazca una firme y leal comprensión y convivencia universal.

Mucha es la labor a realizar en este aspecto. Pero creemos que serían puntos fundamentales para tener en cuenta de manera inmediata los siguientes:

1.º Iniciación espiritual del niño en las Escuelas Primarias, despertando en él la curiosidad hacia la historia y la cultura de su país, y especialmente de su lugar de residencia. Metas a cubrir en este sentido serían:

a) Organización de charlas dedicadas al mundo infantil escolar sobre temas de arte e historia.

b) Incrementar las visitas colectivas a monumentos y museos de la localidad y excursiones radiales —que ya se hacen— con posteriores ejercicios relacionados con las visitas realizadas.

c) Charlas elementales sobre lo que deben ser las relaciones humanas de todos los pueblos, ahondando en la orientación de una mutua y comprensiva convivencia de todos los hombres.

2.º Formación cultural y artística de los adultos de capas sociales modestas, mediante las siguientes directrices:

a) Charlas de carácter popular, siguiendo el indicado fin, especialmente en grupos de empresas y centros de carácter laboral, social o religioso.

b) Veladas cinematográficas gratuitas en los mismos centros citados, con exhibición de cortometrajes turísticos o artísticos, tanto nacionales como extranjeros.

c) Visitas organizadas quincenales a museos y monumentos.

d) Institución de concursos y premios sobre temas de arte, historia y turismo, dedicados especialmente al mundo laboral.

3.º Despertar o, en su caso, vigorizar la conciencia ciudadana estimulando su propia responsabilidad en cuanto al conocimiento y conservación del patrimonio urbano.

A tal fin se podría atender especialmente a:

a) Señalar todo monumento o lugar histórico de cada población, a ser posible con brevísima descripción del mismo.

b) Indicar en los letreros de cada calle o plaza, cuando se refiere a un personaje o hecho histórico, la razón de su titulación.

c) Despertar en cada población un afán de conservación de la misma en sus tradicionales esencias, juntamente con una atención decidida a la limpieza y orden.

d) Incitar a las corporaciones provinciales y locales para que presten la mayor atención al ornato y buena conservación de ciudades, barrios y zonas de interés histórico, artístico o turístico.

4.º Sería deseable aprovechar la época de la integración de la juventud en las filas militares de cada país para dar a la misma una formación elemental en el orden cultural y espiritual y también turístico.

5.º Facilitar en las más amplias medidas posibles la visita a monumentos y museos, dedicando preferente atención a que unos y otros sean conocidos por las gentes de la propia localidad. Para ello se propone:

a) Unificación de horarios de visita de museos y monumentos, recabándose esta unificación incluso de los centros de carácter privado.

b) Dar una mayor amplitud al horario de los templos durante la jornada, evitando esos cierres prolongados que se producen singularmente en las primeras horas de la tarde. La finalidad de esta propuesta no sólo tendría una intención de carácter cultural y artístico, sino también social-religioso.

c) Que todas las obras de arte de gran importancia que se exhiban en los museos, y aquellas que puedan existir en monumentos civiles o religiosos, tengan un pequeño letrero explicativo o, por lo menos, que se mencione el título de la obra y nombre y época del autor.

d) Fijar en las fachadas de todos los monumentos y conjuntos históricos, declarados nacionales, artísticos, etc., lápidas apropiadas que expliquen tal titularidad y, a ser posible, con brevísima reseña del mismo en lo que se refiere a su estilo arquitectónico, época de construcción y autor, si es conocido.

Las anteriores sugerencias tienden a iniciar, en la mayor parte de los habitantes de cada población, una formación mínima y previa que pueda servir para conocer y amar conscientemente a su propia tierra, y cooperar a la digna conservación del tesoro monumental. Así sentirían la satisfacción de dar a conocer el acervo artístico urbano a cuantos visitantes llegasen con el deseo de admirar sus atractivos.

Creemos, en fin, después de lo expuesto, que en el orden de mutuas relaciones entre el turista y el individuo de una zona, lugar o población de interés turístico, podrían considerarse los siguientes aspectos:

1.º Tutelar, por parte del Estado, y corporaciones provinciales y locales, la creación de casinos o centros de reunión, en donde puedan establecerse relaciones de comunicación entre extranjeros y nacionales.

2.º Fomentar, entre los distintos países, el intercambio de embajadas culturales formadas por miembros de colegios, institutos, sociedades de carácter cultural y artístico, etc.

3.º Establecer en cada país una oficina oficial de enlace para poner en relación directa a todas las personas que deseen mantener correspondencia con otras de distinta nacionalidad.

4.º Procurar que los agentes de la autoridad encargados de la vigilancia y ordenación de la circulación, urbana o por carretera, posean un mínimo de conocimientos artísticos-culturales, así como de algún idioma de importancia turística.

5.º Que en los casos de recepción de embajadas, que podríamos llamar deportivas, motivadas por competiciones de tal carácter, se muestre el mayor celo por parte de la prensa, radio, televisión y socie-

dades deportivas para mantener un espíritu de auténtica cordialidad entre visitantes y visitados, tanto antes como después de celebradas las competiciones deportivas en cuestión.

6.º Que en los programas que se organicen como muestras de atención a las que hemos llamado embajadas deportivas, figuren siempre las visitas a los lugares de interés artístico o histórico de cada población.